

Gustavo Gutiérrez y la teología de la liberación

Una vida con fecundidad

[Documento]

Juan Carlos Guerrero Jaramillo¹

Recepción: 03/03/25

Aprobación: 25/03/25

Citar como:

Guerrero Jaramillo, J. C. (2025). Gustavo Gutiérrez y la teología de la liberación Una vida con fecundidad. *Revista Albertus Magnus*, 16(1), 180-189.

<https://doi.org/10.15332/25005413.10943>



La opción por el pobre constituye el eje sobre el que gira hoy una nueva manera de ser cristiano en América Latina [...] es hacerse solidario con sus intereses y con sus luchas. (Gutiérrez, 1973)

El nombre de Gustavo Gutiérrez sin duda encarna todo un movimiento y pensamiento teológico, que lo encumbró como el teólogo de la teología de la liberación, que reflexionó críticamente la realidad social, política y religiosa a partir de categoría signo de los tiempos, que juntamente con la praxis histórica de la liberación y la Palabra de Dios acogida desde la vivencia de la fe supo comprender el mensaje liberador de Jesucristo. Por eso, la teología desde su perspectiva supone ya una praxis de la fe desde una espiritualidad que permitiera y supusiera el compromiso con el pobre y oprimido y la lucha por la justicia de Dios que trae consigo la instauración del Reino en medio de un nosotros, experimentando así la justicia, la esperanza y la liberación.

Al abordar la persona de Gustavo Gutiérrez, no se puede pasar por desapercibida no solo su figura, sino también la comprensión que tuvo sobre la precariedad de la realidad social a la luz del Evangelio de Jesucristo, que desde una profunda reflexión de pensamiento teológico lo llevó a encumbrarse como el padre de la teología de la liberación.

¹ Centro Bíblico Teológico Pastoral para América Latina y El Caribe (Cebitepal – Celam). Correo electrónico: myjucar2312@gmail.com ; ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-7660-1106>

Pero ¿quién es Gustavo Gutiérrez?, ¿cómo comprender su pensamiento a partir de la categoría teología de la liberación? y ¿cuál fue la influencia y legado que dejó en la Iglesia de América Latina y Caribe?

Su vida

Gustavo Gutiérrez-Merino Díaz nació en el barrio de Barranco en el centro de Lima, Perú, el 8 de junio 1928, tiempo en el que era muy común nacer no en las clínicas u hospitales sino en las casas, fue hijo de Gustavo Gutiérrez y Raquel Díaz, aquejado en su infancia por una osteomielitis que lo mantuvo inválido por un periodo de seis años, lo obligó a realizar sus estudios de secundaria desde su casa; ya recuperado de salud y culminados sus estudios de secundaria, ingresa a la facultad de medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima y estando allí hizo contacto con la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) de Perú (Gutiérrez, 1984); asociación de laicos extendida por todo el mundo y que tiene como finalidad el anuncio del Evangelio en medio de las realidades sociales de cada país. En ese entonces, la acción católica en todo el mundo atravesaba los momentos más dorados en la expresión de fe y, a su vez, tenía una intensa e importante participación en la vida de la política.

En su paso por la universidad realizando sus estudios de medicina y letras y militando en la acción católica se plantea la posibilidad de ingresar al seminario, decisión que llegará a tomar después de unos tres largos años y muy cerca de la muerte de su madre. Una vez que ingresa al seminario en Chile y viaja a Lovaina, Bélgica, a realizar sus estudios de Filosofía y Psicología de manera simultánea, culminada dicha formación se dirige a la Universidad de Lyon en Francia para cursar sus estudios teológicos, luego de haber sido ordenado presbítero en 1959 y antes de haber culminado sus estudios teológicos hace un paso muy breve por la universidad Gregoriana de Roma, para luego regresar a Perú en 1960 a la Universidad Católica de Lima para enseñar teología a los estudiantes de Letras, y años más tarde será profesor en la facultad de ciencias sociales de la misma universidad, como también será el asesor nacional de la unión de estudiantes católicos.

El ser comprometido con las luchas de los sectores más pobres no fue para Gustavo Gutiérrez una solución a los problemas de fondo de la pobreza, pero sí fue una respuesta para calmar sus necesidades inmediatas; aún, sin embargo, él sostenía que el compromiso con los pobres significa ir más allá del asistencialismo, significa salir al encuentro del otro, significa una amistad personal compartiendo el sentido de la vida de un nosotros, integrando muchas dimensiones de la vida del ser humano como individuo que vive en sociedad y en familia (cf. Gutiérrez, 1984); para Gustavo Gutiérrez, entablar esa relación con el pobre y su realidad se convirtió en la preocupación prioritaria del Dios en el que creemos, pues no se puede ser cristiano si no nos abrimos y solidarizamos a la

realidad del otro; de tal manera que es ahí donde se afina su pensamiento y reflexión que seguirá construyendo y madurando en sus años siguientes.

Gustavo Gutiérrez tuvo una manera muy significativa de hablar de Dios a América Latina y al mundo entero y ello lo llevó a ser galardonado con el premio Princesa de Asturias en 2003 como reconocimiento no solo a su pensamiento, sino a su persistencia y testimonio de vida, como verdadero pastor del Evangelio que habló a su pueblo y hoy lo sigue haciendo a las generaciones futuras. Asimismo, recibió numerosas distinciones y doctorados *honoris causa* que lo enarbolaron como uno de los intelectuales y teólogos más importantes del siglo XX, por haber contribuido en la construcción de una sociedad más justa, más humana y hacer que la razón se reconciliara con la fe, creando conciencia del verdadero compromiso del ser cristiano en la solidaridad con los más pobres y excluidos de la sociedad.

Antecedentes

Después de haber sido erigido el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam) por Pío XII el 2 de noviembre de 1955, en donde en sus grandes funciones era el de ser un organismo de comunión y servicio, que en la colegialidad episcopal tenía como encargo estudiar las grandes problemáticas de la Iglesia latinoamericana, coordinando las actividades católicas, el promover iniciativas y obras de evangelización como también preparar y convocar las conferencias generales del episcopado continental:

Estos años fueron una época de esplendor de la teología francesa, conocida como *nouvelle théologie*, muy interesada (aunque no exclusivamente) por la pastoral obrera y el diálogo con el marxismo y el existencialismo, y ávida por asumir las novedades metodológicas y conclusivas de las “nuevas humanidades” (principalmente la psicología social, la sociología y la economía política). (Sarayana, 2005, p.78)

Es a partir de la recepción del Concilio Vaticano II en 1962, como gran hito religioso del siglo XX, que los intereses teológicos y pastorales empezaron a tener un viraje distinto, pues los jóvenes intelectuales latinoamericanos —entre ellos clérigos y militantes de la Acción Católica— que se fueron formando en Europa —más específicamente en los institutos de teología de París y de Lyon, la universidad de Lovaina, como también universidades alemanas como Innsbruck, Múnich, Frankfurt, Tubinga o Münster entre otras universidades europeas—, a medida que iban regresando a sus países de origen fueron cambiando paulatinamente los aires académicos de los centros latinoamericanos que ya existían antes de la Segunda Guerra Mundial, como los que se fueron fundando luego en las décadas de los cincuenta y sesenta.

Sin duda, el Concilio Vaticano II se convirtió en el gran acontecimiento eclesial del siglo XX y lo seguiría siendo en el siglo XXI en medio de las crisis sociales y políticas de las repúblicas latinoamericanas que se habían endurecido y que desde un año antes de

clausurarse el Concilio en 1964 se dio lugar a los golpes de estado en donde los militares tomaron el poder, y se dio lugar de esta manera a las dictaduras, como fue el caso de Brasil y Bolivia en 1964, Perú en 1968, Ecuador en 1972, Uruguay y Chile en 1972 y Argentina muy posterior en 1976 y 1983 (Mainwaring, 2019).

De frente a las problemáticas de carácter político, se sumaba el problema de la corrupción y la injusticia social, reflejada en la extrema pobreza; sumado a ello, estaba la represión por parte de los estados totalitaristas; es por ello que muchos de los jóvenes que habían ido a Europa a adelantar estudios en teología y ciencias sociales y humanas, al regresar a América Latina, y encontrarse con esas realidades de injusticias y desigualdades sociales, emprenden la lucha armada uniéndose a grupos guerrilleros; algunos sacerdotes también se sumaban a esa lucha armada en contra de dichos totalitarismos con el argumento de que ello contribuiría en la llegada del Reino de Cristo y su justicia (cf. Sarayana, 2005).

Su pensamiento y reflexión teológica

No cabe duda de que el pensamiento y reflexión teológica de Gustavo Gutiérrez hunde sus raíces en esos movimientos teológicos de los años cincuenta que agitaban el mundo francófono con las ideas de Pierre Teilhard de Chardin, Emmanuel Mounier, Henri de Lubac y otros más, sumado a ello todas las problemáticas de carácter social que se vivía con tanto agite a nivel global y que con la llegada reciente del Vaticano II se convertía en una oportunidad de interpretar y hacer una relectura de los documentos conciliares desde el magisterio latinoamericano, permitiendo de esta manera realizar un trabajo apostólico latinoamericano de conjunto y lograr así que la Iglesia del continente pudiese responder mejor a los planteamientos propuestos por el Concilio (cf. Botero, 1982); por ello, monseñor Manuel Larraín, recién elegido tercer presidente del Celam en 1965, año en el que se clausura el Concilio Vaticano II, sugiere que se celebre la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que tendría lugar en Medellín en 1968, a fin de realizar un concienzudo trabajo apostólico de conjunto (cf. Sarayana, 2005).

Un mes antes de celebrarse la Segunda Conferencia General de Episcopado en Medellín, el padre Gustavo Gutiérrez en el segundo encuentro de sacerdotes en Chimbote, Perú (julio de 1968), presenta su conferencia: *Hacia una teología de la liberación*, la cual puede considerarse el inicio de lo que posteriormente se llamaría *teología de la liberación*. En dicha conferencia el padre Gustavo Gutiérrez sostiene:

El proceso de liberación es un signo de los tiempos [...] Tema nuevo de reflexión, porque es nuevo también como noción global de los problemas que abarca [...]. Una teología de la liberación debe responder en primer lugar, a esta pregunta: ¿Existe relación entre la construcción del mundo y su salvación? Se trata de un proceso de

liberación humana, de emancipación del hombre en la perspectiva de la fe [...]. ¿Qué relación subsiste entre reino de Dios y emancipación humana? (Gutiérrez, 1971, p.17)

Al referirse a ese proceso de liberación a partir de la teología de los signos de los tiempos, el padre Gustavo Gutiérrez se acerca más a la teología bíblica y profética, orientada a la teología pastoral, más que a la teología sistemática, en donde conjuga ese binomio de la denuncia y el anuncio salvífico y sobre todo liberador. Cuando se refiere a la liberación y emancipación del hombre a modo de denuncia, se está refiriendo a esos signos de los tiempos como lectura socio-analítica y crítica de la realidad; es de resaltar aquí que el horizonte del anuncio se ubica en el encuentro de la comunión, la fraternidad y la solidaridad, las cuales conducen a una auténtica liberación; que en otras palabras se traduce en anunciar el Reino de la Vida, que es el mismo Reino de Dios instaurado en el acontecer humano, en donde se relaciona la liberación con la “libertad de y la libertad para” (Batista, 2006).

En palabras del mismo Gustavo Gutiérrez, al hacer su reflexión teológica con miras a esa aspiración y deseo liberador de América Latina:

El compromiso liberador, acentuadamente político, nos sitúa en un mundo distinto. Todo ello lleva a una nueva experiencia espiritual en la que la fe aparece como praxis liberadora. Esa es la matriz de una nueva reflexión teológica, de una inteligencia de la palabra, don gratuito de Dios que irrumpe en la existencia humana y la transforma. (Gutiérrez, 1973, p.8)

Una lectura de los signos de los tiempos, a partir de la realidad se debe hacer desde el “reverso de la historia” (2006) y a la luz del Evangelio; por ello las luchas populares de las comunidades cristianas de América Latina deben ser el nuevo modo de vivir y celebrar la fe, identificándose con las luchas de los oprimidos. Es así que para Gustavo Gutiérrez la teología de la liberación es un lenguaje sobre Dios, que parte del mundo de la exclusión social, de la pobreza, del sufrimiento; pero asimismo es un lenguaje esperanzador, lenguaje de alegría y de justicia. En otras palabras, para Gustavo Gutiérrez, la teología de la liberación intenta responder a la pregunta ¿cómo decirles a los pobres que Dios los ama? Sin llegar a afirmar abstractamente que efectivamente Dios siendo amor los ama, en una realidad paradójica de la vida del pobre en donde experimenta la negación de ese mismo amor, en una sociedad excluyente, violenta y donde se les niega el reconocimiento y la dignidad de ser personas; por tal razón, la teología de la liberación debe partir de la reflexión de la realidad a la luz de la fe del Evangelio y su praxis.

En consecuencia, la reflexión sobre la teología de la liberación en el pensamiento del padre Gustavo Gutiérrez está efectivamente orientada al anuncio del Evangelio y el Reino de Dios en el mundo, pero ya no como históricamente se había desvirtuado, convirtiendo el cristianismo en una Iglesia de élites; por tal razón, la importancia y la novedad de la teología de la liberación representa un momento de independencia de ese

cristianismo burgués y de estatus social, para optar de manera preferencial por el pobre. Esta opción preferencial por el pobre representa la instauración del Reino de Dios en justicia, amor, inclusión, salvación y liberación, el cual está representado vivamente en el Evangelio de Cristo, siendo esta la nueva cristiandad, pues

La tarea de construcción de la ciudad temporal será, ante todo, la búsqueda de una sociedad basada en la justicia, el respeto de los derechos de todos y la fraternidad humana [...] en el campo de lo temporal el laico le corresponderá principalmente crear esa nueva cristiandad. (Gutiérrez, 1990, p.106)

No cabe duda de que este teólogo intelectual peruano, se reconoce primero como bautizado y hombre convencido de su fe cristiana, enamorado del Evangelio de Jesucristo, haciéndose servidor de ese mismo Evangelio desde el ministerio ordenado para los pobres y con los pobres, solidarizándose con sus realidades sociales de América Latina, y es desde allí como se nutre de las vidas y experiencias de estos pueblos para hacer una lectura desde la fe de su acontecer y condición humana.

La experiencia personal de Gustavo Gutiérrez en la realidad en la que vivió es la que lo toca, lo mueve y motiva para que en todos esos acontecimientos sociales, políticos e incluso religiosos no solo de su país, sino de toda la realidad latinoamericana e incluso global, lo aboquen a construir y estructurar su pensamiento y reflexión teológica desde la praxis del Evangelio de Jesucristo, que es libre y libera, y que, sobre todo, es esperanzador.

Desde sus inicios, el Concilio Vaticano II convocado por Juan XXIII reflexionó sobre esos temas y es precisamente el papa quien, en un radiomensaje del 11 de septiembre de 1962 previo a celebrarse el Concilio, manifestó que “para los países subdesarrollados la Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres” (Juan XXIII, 1962), y que por eso, desde el magisterio latinoamericano en la Segunda Conferencia General del Episcopado en Medellín celebrada en 1968, se tomó como referencia esa intuición hecha por el mismo papa Juan XXIII y fue desarrollada, en donde Gustavo Gutiérrez tuvo una importante representación como teólogo experto, y, aunque Medellín tuvo resistencias y retractores muy fuertes por figuras de poder, el documento se convirtió en uno de los grandes hitos de la historia de la Iglesia latinoamericana, pues fijó su atención en la persona humana y en la sociedad latinoamericana y caribeña, buscando una mejor e intensa presencia de la Iglesia en la transformación del continente a la luz del Concilio Vaticano II.

Pasados tres años de haber sido celebrada la Conferencia de Medellín, Gustavo Gutiérrez publica el libro *Teología de la liberación perspectivas* (1990), fruto de intensos debates *ad intra* de la Iglesia católica, siendo este libro una reflexión muy profunda sobre el discurso teológico de la liberación como experiencia espiritual y como ocasión de renovar la fidelidad en la Iglesia, de la cual se predica, se cree y se espera como realidad

y promesa escatológica que se realiza en la acción humana, siempre a la luz del Evangelio de Jesucristo, solidarizándose con los pobres, quienes son los privilegiados del Reino; por ello, Gutiérrez afirma: “La Salvación de Cristo es una liberación radical de toda miseria, de todo despojo, de toda alienación” (1990).

De frente a la teología, Gustavo Gutiérrez afirma, en *Teología de la liberación*:

La teología en tanto como reflexión crítica, cumple en sí una función liberadora del hombre y de la comunidad cristiana, evitando todo fetichismo e idolatría, la teología considerada de este modo, es decir en su obligación con la praxis, cumple una función profética en tanto que hace una lectura de los acontecimientos históricos con la intención de develar y proclamar su sentido más profundo. (p.72)

En consecuencia, el teólogo debe ser aquel que es capaz de construir en torno a la humanidad, la verdad cristiana, por ello es el momento de que nuestra Iglesia latinoamericana empiece a ser la Iglesia protagonista y liberadora, como más lo añora el papa Francisco, en una proyección de la misión, una refundación de la identidad sin perder el sentido de nuestra historia y una renovación eclesial que tienda a la sinodalidad.

La postura de la teología de la liberación ve la pobreza no de manera reduccionista, es decir, desde la perspectiva económica, pues se puede ser pobre, claro está, desde la carencia de medios económicos, pero también se es pobre por el color de la piel, por ser mujer, niño o niña, anciano, y todo tipo de exclusiones sociales; por ello, los pobres son los que tienen la preferencia de Dios y mientras que existan los pobres se ve la necesidad del encuentro con ellos, del reconocimiento de su dignidad de persona desde la otredad, como lo llamaría Emmanuel Lévinas para referirse al reconocimiento del rostro del otro como individuo y como categoría teológica sería reconocer a Cristo en el rostro, dignidad y humanidad del otro.

El modo latinoamericano de la teología de la liberación hoy

Toda experiencia humana siempre evoca y remite a la historia de un sentir, de un experimentar y vivir la realidad social, política, cultural o familiar de un individuo, de una comunidad, o de un pueblo; donde la historia misma no es un mero acontecimiento del pasado, sino que la historia en sí misma hace parte fundamental de la memoria de los pueblos, historia que es testimoniada por sus protagonistas, narrada, contada, transmitida y plasmada en los anales de las civilizaciones, la cual recobra vida cada vez que se remite a ella.

Sin duda, el pueblo de Israel siempre fue consciente de la importancia de no solo construir su propia historia, sino también de transmitirla, testimoniarla y narrarla en todas sus expresiones simbólicas; de esta manera, el pueblo de Israel experimentó en su historia la revelación de Dios y su salvación, siendo allí el lugar donde este pueblo fue

construyendo su fe que, junto con la historia, interpretó el accionar de Dios en el acontecer existencial del ser humano.

Ahora bien, la historia que se ha entretejido en nuestros pueblos latinoamericanos, asunto completamente humano, es una historia que está marcada, al igual que la del pueblo de Israel, por una lucha constante por la liberación continental, pues todos ellos han experimentado la injusticia, la explotación y todo un sinnúmero de problemáticas de tipo político, social, cultural y económico, y la misma experiencia de vida cotidiana de la injusta pobreza a la que son abocados y obligados a vivir millones de hermanos latinoamericanos. En la década de los setenta, como se expuso anteriormente, se debatió en distintos escenarios el problema semántico de qué era la pobreza y quiénes eran los pobres, a lo que Gustavo Gutiérrez explicó, definiéndola como un estado escandaloso que atenta contra la dignidad humana y va en contra vía de la voluntad de Dios, y donde el pobre es el marginado y excluido de la sociedad, es el que hace parte de la clase social explotada; asimismo la Conferencia de Medellín destacó proféticamente la injusticia social como elemento fundamental para la promoción humana y denunciando la miseria en que viven pueblos enteros (Medellín, justicia 1.2) y a la par es importante destacar que dichos conceptos no pueden verse de manera reductiva y exclusiva en perspectivas económicas o de clases sociales, pues los pobres, como los llama Puebla, no son una casualidad, sino, por el contrario, una causalidad de la miseria como consecuencia de las estructuras económicas, sociales y políticas, reflejadas estas problemáticas en mortalidad infantil, falta de vivienda, salud, educación, salarios dignos, empleo, desplazamiento, migración y otros.

Es precisamente a la luz del Evangelio de Jesucristo, como se hace la reflexión del hecho deshumanizante y brutal de la esclavitud y pobreza de las mayorías de los pueblos latinoamericanos, como lo señalaba Gustavo Gutiérrez, comprendiendo y replanteando la misión apostólica y profética de la Iglesia, pues el anunciar y vivir la Buena Nueva del Reino implica adquirir una conciencia real y comprometida del ser y el quehacer de la Iglesia en su propia reflexión teológica latinoamericana como también desde la praxis.

¿Cuál es entonces la experiencia e intuición originales de las que brota la teología de la liberación? A esta pregunta, no queda más que decir que es la misma experiencia cotidiana de la injusta pobreza en que son obligados a vivir nuestros pueblos latinoamericanos. Y es desde esa experiencia en donde emerge la Palabra contundente del Dios de Jesucristo, que afirma que esas paupérrimas situaciones de sufrimiento y pobreza no son la voluntad de Dios. Hablar de Dios es hacer teología en la experiencia fundante de la teología de la liberación y hablar de los pobres es también hablar de Cristo; “el pobre de Yahveh”, y hablar hoy de los pobres es hablar de los hombres y mujeres explotados de los mal llamados pueblos tercermundistas. Es así como, en el rostro de los indígenas, los afros, marginados, campesinos, ancianos, niños pobres, mujeres explotadas etcétera, se

debe reconocer los rasgos sufrientes de Cristo (cf. Puebla, pp. 31-39), quien está presente en cada uno de ellos (cf. Mt 25,31-46). En consecuencia, el tema central de nuestras vidas y de toda espiritualidad nos debe conducir al mismo corazón de Evangelio, que no es más sino amar a Dios y al prójimo en la praxis liberadora de una verdadera justicia social.

Todo lo anterior adquiere una realidad radical que nos conduce a plantearnos una nueva cuestión: ¿qué significa, amar a Dios y al prójimo hoy en América Latina? y ¿cómo hacer para que la teología como reflexión política y crítica conduzca a una verdadera praxis de liberación?

En consecuencia, la teología latinoamericana, en un lenguaje liberador tal como nos lo dejó Gustavo Gutiérrez como legado, sigue siendo un tema de reflexión muy vigente, ya que hay una responsabilidad histórica que nos empuja, pues el amor cristiano es un compromiso y por ello nos urge preservarlo y cuidarlo, alentando las comunidades que son motivo de esperanza y alegría, y partiendo de allí nace la reflexión y la experiencia de fe vivida y comprendida, que las acompaña y anima en todo su caminar eclesial, junto con el camino de experiencia e historia cristiana que tiene sus orígenes en el pueblo de Israel como en la Iglesia naciente del Nuevo Testamento a partir de la experiencia pascual de Cristo y toda su obra soteriológica. Por ende, la labor teológica es entendida y comprendida a partir de esos lugares teológicos y de los que también se ocupa la reflexión teológica de la liberación. El *λόγος* del verbo encarnado, es el mismo *λόγος* encarnado en la historia de nuestros pueblos latinoamericanos como lugar teológico del que se ocupa dicha teología como reflexión en nuestros contextos históricos iluminados siempre por una correcta lectura de la Palabra de Dios, teniendo en cuenta nuestros propios contextos y permitiendo que dentro del orden económico, social, político y cultural, y por las mediaciones de la praxis de la fe evangélica revelada y hecha carne en medio de nosotros, se experimenten la justicia social, la equidad y la verdadera experiencia del Reino de Dios, dando sentido a la existencia humana.

Es comprensible que la memoria narrada del pueblo latinoamericano que sufre la pobreza en todo nivel construya su historia a partir de las experiencias de vida cotidiana, que se van nutriendo de la Palabra de Dios que es esperanza, liberación y por ende, salvación. Es desde ahí, donde la reflexión teológica latinoamericana recobra su valor, construyendo de esta manera la vida cristiana en comunidad, a fin de que se fortalezca su espiritualidad e identidad muy propias en un sentir y quehacer latinoamericano. En consecuencia, las palabras de Jesús en el Evangelio no pueden quedarse solo ahí plasmadas como mero texto o recuerdo, sino que, por el contrario, leemos la palabra a partir de nuestros contextos y realidades, encontrándole un verdadero sentido a las palabras de Jesús como medio de salvación y liberación, expresados en la fe del creyente y que a partir de allí los dolores, sufrimientos e injusticias de nuestros pueblos sean el pretexto del reflexionar teológico de la liberación, para llevarlo a la praxis, haciendo del Evangelio liberador, carne y sangre del pueblo, como el Señor Jesús, haciendo así mismo

que la Iglesia se haga pueblo viviendo y experimentando la Buena Noticia de Jesús, que vino a proclamar el año de gracia para la salvación (cf. Lc 4, 18.19), salvación que es tanto liberación como anticipación del Reino de Dios que se experimenta en el aquí y en el ahora existencial del ser humano.

Referencias

- Batista, J. (2006). *Gustavo Gutiérrez*. San Pablo.
- Botero, J. (1982). *El Celam. Apuntes para una crónica de sus 25 años*. Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño [Celam].
- Consejo Episcopal Latinoamericano [Celam]. (2014). *Las cinco conferencias generales del Episcopado latinoamericano. Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida*. Consejo Episcopal Latinoamericano [Celam].
- Entrevista al P. Gustavo Gutiérrez. *La República* [diario limeño], 20 de abril de 1984.
- Gutiérrez, G. (1971). *Hacia una teología de la liberación*. Indo; American Press Service.
- Gutiérrez, G. (1990). *Teología de la liberación perspectivas*. Ediciones Sígueme.
- Gutiérrez, G. (1973). *Tercera Reunión de Coordinación. Estudio sobre teología de la liberación, Evangelio y praxis de liberación*. Documento del Archivo Central Histórico del Celam.
- Juan XXIII. (1962). *Radiomensaje de su Santidad Juan XXIII un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II*. Editrice Vaticana.
- Mainwaring, S. (2019). *Democracias y dictaduras en América Latina. Surgimiento, supervivencia y caída*. Fondo de Cultura Económica.
- Sarayana, J. (2005). *Cien años de teología en América Latina (1899-2001)*. Consejo Episcopal Latinoamericano [Celam].